

La boda

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *The Wedding*

En cubierta: ilustración © Andy Gregg y Joel Anderson, Anderson Design Group, Inc. Todos los derechos reservados.

Cedida por ADGstore.com

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Dorothy West, 1995

This translation published by arrangement with Doubleday, an imprint of The Knopf Doubleday Group, a division of Penguin Random House, LLC.

© De la traducción, Íñigo Fernández Fernández-Lomana

© Ediciones Siruela, S. A., 2022

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19419-15-6

Depósito legal: M-18.520-2022

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Dorothy West

La boda

Traducción del inglés de
Íñigo Lomana

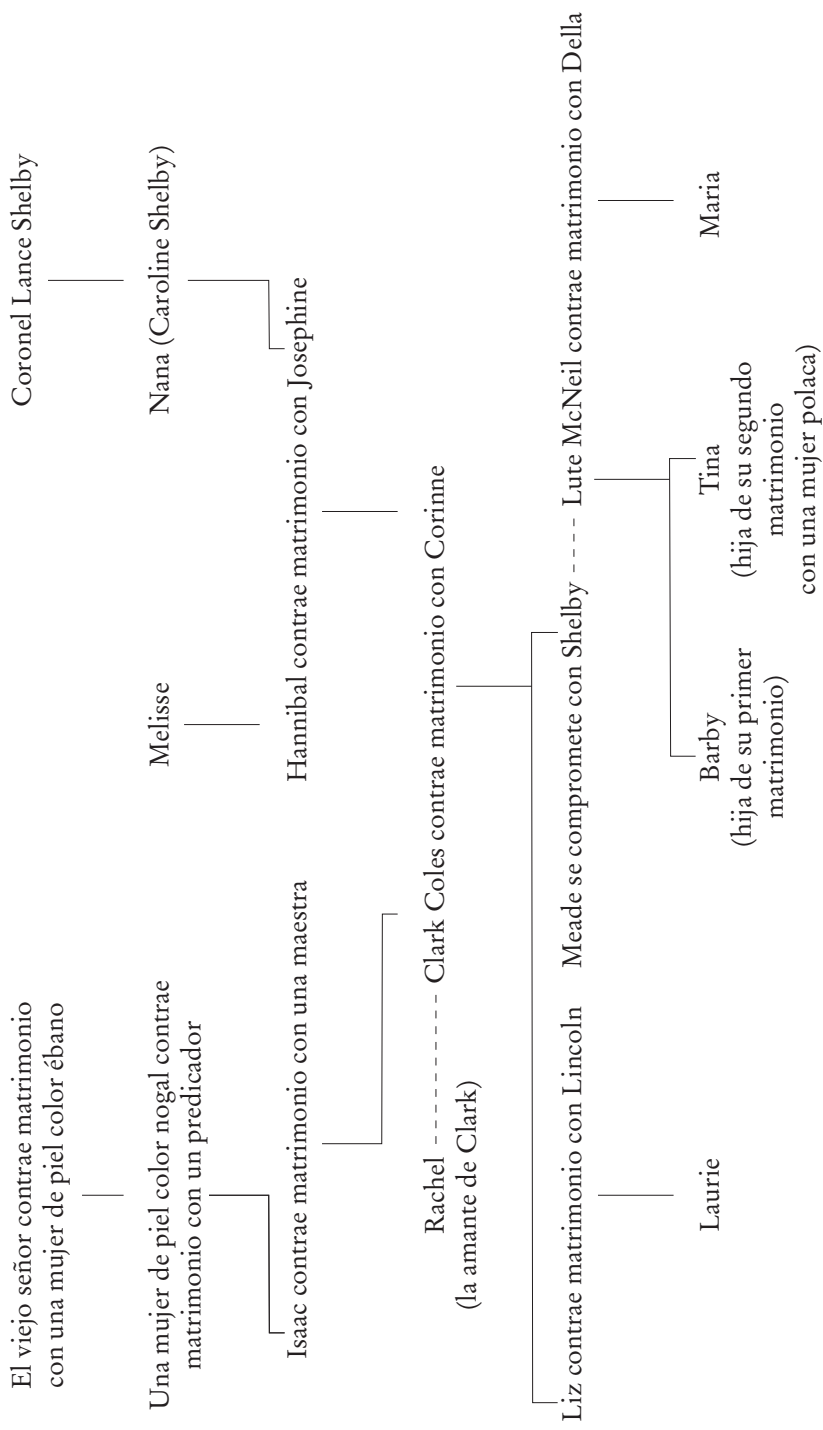
Siruela

Nuevos Tiempos

A la memoria de mi editora,
Jacqueline Kennedy Onassis.
Puede que pareciésemos la pareja
peor avenida del mundo,
pero hacíamos un equipo de ensueño.

El amor es resignado y compasivo; no es celoso, ni fatuo, ni soberbio, ni descortés; no pretende salirse con la suya; no es colérico ni vengativo; se complace con la verdad y no se regodea con las injusticias; todo lo aguanta, en todo confía, todo lo espera, todo lo resiste.

1 CORINTIOS 13, 4-7



CAPÍTULO 1

Una mañana de finales de agosto, la mañana antes de la boda, el sol se elevó por encima de un mar en calma, sacó al Óvalo de su sopor amorfo y dotó a aquel círculo de casitas veraniegas de un contorno y unas proporciones precisas.

Hacía ya rato que los habitantes de la isla estaban en pie. Alguien tenía que repartir la leche a los veraneantes, abrir las tiendas para que gastasen en ellas a sus anchas, cortarles el césped y lavarles el coche: una serie infinita de tareas que, sobre todo en el Óvalo —cuya población era mayoritariamente de color y tendía a esperar un trato especial—, debían realizarse con exquisita cortesía.

El Óvalo era una superficie agreste de arbustos en flor y árboles espigados a la que en los mapas antiguos solía darse el nombre de Highland Park. El camino angosto y polvoriento que la circundaba recibía el nombre de Highland Avenue. Sin embargo, como ningún lugareño recordaba haber visto jamás un solo letrero donde figurasen esos nombres tan rimbombantes, hacía mucho que la zona había sido bautizada con la denominación que mejor se ajustaba a sus características.

Una docena larga de casitas formaban un círculo alrededor del parque. Algunas eran pequeñas y tenían fachadas sobrias; otras resultaban más grandes y majestuosas (a una de ellas, la de los Coles, la llamaban «mansión»), pero todas estaban adecentadas para el verano y situadas meticulosamente sobre unas franjas de césped immaculadas.

Componían una especie de fortaleza o baluarte de la sociedad negra. Sus ocupantes se jactaban de tener o, mejor dicho, de que sus antepasados hubiesen tenido una segunda residencia allí desde los tiempos en que un grupo de personas de color, situadas algo por encima del rango de sirvientes, decidieran emprender el primer éxodo veraniego.

Aunque algunas personas que habían llegado después tenían también casitas en otras partes de aquella localidad costera —un puñado de residencias bastante vistosas en barrios considerados tradicionalmente blancos—, los ovalitas seguían siendo mayoría. Habían dejado de constituir una vanguardia para convertirse en la vieja guardia, y negar esa realidad era algo propio de resentidos.

Hasta el calificativo *ovalitas* había adquirido unas connotaciones por completo distintas a las que tenía en un principio. Quienes lo habían acuñado como un agravio hacía mucho ya que habían cejado en su empeño de destruir la sociedad del Óvalo y se habían largado de allí; y, con el tiempo y la entonación adecuada, aquel calificativo que en su día pretendió ser desdeñoso había quedado por fin bendecido.

La casa de los Coles dominaba el Óvalo. Con sus enormes porches acristalados, contra los cuales se habían estrellado infinidad de pájaros; con su salón de baile, cuyas sillitas doradas, que habían estado años colocadas alrededor

de la pared, estaba ahora dispuestas para la boda junto a las sillas de la funeraria, alineadas también en perfecto orden; con sus amplias superficies de césped, que creaban una distancia casi feudal con las casitas de menor solera, era sin duda la joya del Óvalo.

A sus espaldas se extendían varias hectáreas de praderas pintorescas que en los tiempos gloriosos del primer propietario habían formado parte de la finca. Ahora, sin embargo, eran un espectacular telón de fondo para la vida en la residencia que, al bloquear el tráfico rodado en ese extremo de la isla, lo convertían en una suerte de callejón sin salida.

La única manera de entrar o salir del Óvalo era a través de un camino serpenteante y lleno de surcos. Cuando dos coches se encontraban en algún punto del recorrido, las matas que lo flanqueaban siempre obligaban a uno de ellos a dar marcha atrás; una maniobra bastante compleja que solía dejar infinidad de rayones en la parte trasera si el vehículo era grande y resbalaba en el barro.

Los ovalitas podrían haber recurrido a los cauces oficiales para solicitar al Ayuntamiento una salida más ancha a la autopista. Pero tener un acceso así de incómodo les permitía sentirse tan distinguidos como la gente verdaderamente ilustre —como los ricos y los poderosos de verdad—, que también vivía al otro lado de carreteras impracticables con el fin de disuadir a los curiosos.

Los Coles estaban bastante cerca de ser como sus homólogos: disponían de dinero, lo bastante para gastar sin demasiados miramientos y además ahorrar; tenían estudios universitarios; eran de buena familia; vivían a cuerpo de rey, y dos muchachas de lo más servicial se encargaban de atenderlos desde hacía mucho tiempo, lo cual probaba de ma-

nera fehaciente que tener criados no era para ellos ninguna novedad. Si Clark y Corinne no llevasen años acostándose juntos, ni siquiera sus hijas podrían haberles exigido un comportamiento más recatado.

Sus hijas eran Liz, la casada, y Shelby, la prometida. Las dos llamaban la atención por su belleza, pero Liz —la viva imagen de Nana de niña en esa foto coloreada que todavía conservaban— destacaba aún más si cabe gracias a la piel sonrosada, los cabellos dorados y los ojos azul grisáceo.

El hecho de que esta última se hubiese casado con un hombre negro y hubiese engendrado a una niña del mismo color que su padre había levantado ciertas suspicacias en el Óvalo. Aunque al menos había tenido la decencia de respetar una vieja tradición familiar, según la cual todos los hombres eran médicos natos, y había contraído matrimonio con un doctor en Medicina, título que siempre facilitaba las presentaciones y no requería ninguna explicación.

Nadie en el Óvalo comprendía, sin embargo, por qué Shelby, a quien no le habría costado lo más mínimo encontrar un buen partido entre los miembros de su propia raza, había decidido contraer matrimonio con alguien que ni pertenecía a ella ni se dedicaba a lo mismo que su padre y se había lanzado en brazos de un compositor de *jazz* —profesión vulgar donde las haya— sin oficio ni beneficio.

Entre el marido negro con el que Liz se había casado y el músico con el que Shelby estaba a punto de casarse había toda una amplia gama de candidatos con la ocupación y el color de piel adecuados. Porque el hecho de que las dos hermanas hubiesen defraudado tanto las expectativas con sus matrimonios era algo que contravenía los más básicos principios de la educación que habían recibido.

Pero, por muy obcecada que se hubiese mostrado Shelby a la hora de elegir a su marido, al menos había permitido que su madre la disuadiera de seguir los pasos de su hermana y fugarse con él. Su boda tendría lugar en el Óvalo, tal y como Corinne le había prometido a la señorita Adelaide Bannister una tarde esplendorosa cuando sus hijas no eran más que unas adolescentes. Addie, que apenas podía respirar a causa del aparatoso corsé que estrujaba y retorció las carnes lacias de su magra constitución, se había quedado clavada a la silla del porche, donde el sol caía a plomo y la temperatura era asfixiante, mientras se abanicaba con una mano flácida cada vez que la brisa dejaba de soplar.

Aceptó una copa de brandi por sus propiedades medicinales, pero el calor, el corsé demasiado prieto y el alcohol acabaron por acelerarle el pulso, y la respiración se le agitó con una violencia que le causó una profunda angustia, porque lo último que deseaba esa mujer enclenque era caerse muerta delante de sus invitados. Se llevó la mano al corazón para evitar que se le desbocara y confesó a Corinne que su única ilusión era llegar a ver a Liz casada, pero no porque considerase a la hija mayor su favorita, sino porque no sabía si llegaría a vivir lo suficiente para ver a las dos vestidas de blanco.

Conmovida por esa confesión simple y funesta, y también por un martini muy seco, Corinne se dejó llevar por el sentimentalismo y se comprometió a celebrar la boda de Liz en el Óvalo. Así le ahorraría a Addie el agotador viaje hasta Nueva York, donde los sobresaltos de una ciudad nueva, caótica y llena de desconocidos podían llevársela por delante en cuanto pusiese un pie en Grand Central Station.

Desde el día de su nacimiento en Boston, el lugar más alejado de su casa hasta el que Addie se había desplazado era aquella isla situada en la costa de Massachusetts: un viaje corto y tranquilo en tren seguido de otro trayecto en barco aún más apacible. En invierno apenas tenía vida social y casi nunca salía de la residencia familiar de Cambridge, donde vivía envuelta en sucesivas capas de jerséis y batas para protegerse del frío penetrante que las estufas viejas y polvorientas de la planta baja no conseguían mitigar. Rodeada de antigüedades y decadencia, se dedicaba a hibernar hasta el verano y nunca visitaba las casas mejor acondicionadas de sus amigas; caminar en invierno era más de lo que su salud podía soportar, y su bolsillo no le permitía coger taxis ni comprar ropa adecuada.

Ahorra todo el dinero y la energía que tenía para pasar el verano en el Óvalo, donde su vida social consistía en visitar a los viejos amigos y comprobar los cambios que habían experimentado los hijos de estos a lo largo del año. Todo su mundo estaba en el Óvalo y jamás aceptaba una sola invitación de una casa que no se encontrase allí.

Los días que le quedaban eran demasiado escasos para malgastarlos con recién llegados de orígenes dudosos, cuyas propiedades no siempre se habían adquirido de forma honrada. Cada año, Addie se preguntaba si llegaría a ver el final del calendario que el carbonero tenía por costumbre regalarle en Navidad. Sus padres habían fallecido antes de cumplir los cincuenta y estaba convencida de que había heredado esa misma predisposición a sufrir una muerte temprana. Todo el mundo en el Óvalo era consciente de que los latidos de su maltrecho corazón estaban contados. La consideraban su inválida y la trataban con cariño, como si cada

verano pudiera ser el último. Y, al ver que Dios le perdonaba la vida cada verano, muchos llegaron a la conclusión de que semejante prodigio debía de tener algún sentido oculto. Con el tiempo, en el Óvalo empezó a circular la leyenda de que el Señor no llamaría a Addie a su lado hasta que pudiese asistir a la boda de Liz.

Cuando esta se fugó a Greenwich semanas antes de la fecha prevista para su boda, con el vestido de Addie ya en la maleta para el viaje a la isla y una nota en su caja fuerte donde, para calmar su conciencia y no vaciar más su bolsillo, advertía a sus deudos que esa era también la ropa con la que quería ser enterrada, el Óvalo consideró un milagro portentoso que el débil corazón de aquella mujer sobreviviase a aquel mazazo.

Lo único que Corinne podía hacer era ofrecer a Shelby como sustituta en cuanto dejase de dar largas y se decidiese por alguno de los muchos candidatos idóneos que la llevarían al altar sin pensárselo.

El clima de opinión en el Óvalo se dividió entre los más acomodados, que lamentaban haber perdido la oportunidad de pavonearse en una boda neoyorquina, y todos los demás, para quienes la simplicidad debía ser el principal aliciente de una celebración en el campo.

Aunque el dinero gozaba allí de la misma importancia que en cualquier otra comunidad de clase alta, no era el factor determinante a la hora de distinguir a la élite de la plebe. La distinción era tan sutil, y las gradaciones se habían trazado con tal precisión, que solo los ovalitas sabían en qué escalafón se encontraban, y había forasteros que malgastaban veranos enteros dorándole la píldora a la persona equivocada.

A lo largo de los últimos años, de vez en cuando se daba la circunstancia de que algún ovalita lo bastante adinerado para pasar las vacaciones en el extranjero, o lo bastante pobre para no poderlas pasar en ninguna parte, decidiese alquilar su residencia a alguna familia de buena reputación que siempre hacía cuanto estaba en su mano para no defraudar las expectativas. Todos habían observado de forma escrupulosa esa norma no escrita del Óvalo hasta que, en el peor momento posible —el verano de la boda—, la casita de Addie Bannister fue la única que no se sumó a los preparativos.

Que la transgresora fuese Addie, una de las ovalitas más prominentes y la persona cuyo delicado estado de salud estaba en el origen de la boda —que ella fuese precisamente quien había derribado todas las barreras de clase y había abierto las puertas de su casa a un desconocido del que, sin embargo, todo el mundo había oído hablar—, era una señal tan evidente de su deterioro físico que solo cabía perdonarla. Y es que, después de tantos años de falsas alarmas, por fin era verdad que se despedía de este mundo.

Ni siquiera los más escépticos, los que nunca habían llegado a dar por completo crédito a sus problemas de corazón, albergaban dudas aquella vez. Los pocos bostonianos que habían tenido ocasión de verla a lo largo del invierno aseguraron que tenía un aspecto espantoso, que estaba más delgada que un palo y que apenas podía tenerse en pie. A nadie le sorprendió que hubiese alquilado su casita. Fue, de hecho, un alivio para ellos no tener que hacerse cargo de una mujer enferma cuando toda la ayuda disponible era necesaria para organizar la boda.

Lo cierto, en todo caso, era que Addie había contravenido su propio código, según el cual tener dinero era el logro so-

cial menos importante. Con toda la gente maravillosa, amigos de sus amigos más íntimos, a la que le habría encantado alquilar aquella casita para el verano de la boda, al final se había decantado por el mejor postor: alguien a quien ninguna otra persona le habría cedido su propiedad ni por un millón de dólares.

Pero nadie más se encontraba en la tesitura de Addie. Estaba endeudada hasta las cejas con su médico y su farmacéutico por la infinidad de inyecciones y tratamientos infructuosos que había probado, y con su tendero por toda la comida que había comprado en vano. Eran deudas de honor que no soportaría dejar sin satisfacer. Luego estaba también el funeral, que se produciría a más tardar en otoño y que su insignificante seguro no cubría; y bien sabía Dios que nada le disgustaría tanto como yacer, deshonrada, en un ataúd que hubiese pagado, con las aportaciones de sus amigos, algún entrometido de buen corazón.

Su única salvación había sido alquilar la casita y aceptar la primera oferta desorbitada que le habían hecho por ella, sin que le importase —o tal vez demasiado asustada para que le importase— quién firmaba el cheque mientras tuviese fondos.